A su merced

Mi mente es un lugar confuso y oscuro, pero la determinación y entrega al deber que me he autoimpuesto presentan un esplendor diáfano entre tanta sombra, y es el principal motivo por el cual aún no me he rendido ante la adversidad a pesar de los muchos contratiempos que he sufrido. He soportado muchos golpes, pero siempre me he puesto en pie listo para afrontar el siguiente porque estoy convencido de que lo que hago es necesario. Es una misión solitaria, triste y desagradecida a veces, pero alguien tiene que hacerlo, y ese alguien soy yo.

Termino mi entrenamiento jadeante y sudoroso, y mientras mi cuerpo vuelve a la normalidad me acerco a la ventana, cuya persiana está medio bajada, y más allá de las cortinas y el enrejado puedo entrever la calle tranquila y estática, sin signo alguno de actividad humana sobre el pavimento alumbrado por farolas de luz anaranjada. No hay nada fuera de lo normal, pero soy desconfiado por naturaleza y hace ya tiempo que aprendí que las apariencias engañan: esa es una de las lecciones que me han mantenido vivo hasta ahora. Las fuerzas que me persiguen, más oscuras aún que mi interior, son numerosas y muy capaces, y sus tretas imaginativas bien pueden incluir el haberme seguido el rastro hasta aquí y estar acechándome en silencio. Nada queda fuera de su alcance.

Más calmado, me ducho con agua fría y me pongo ropa limpia. Tras una breve inspección por toda la casa entro en la cocina y me dispongo a preparar la cena. Ninguno de los pisos francos que he habitado estos años era excesivamente grande, pero todos están bien equipados. Hay que cuidarse para seguir la lucha.

Cuando termino, recojo todo y repaso de nuevo la situación. He permanecido demasiado tiempo en este sitio y ya va siendo hora de mudarse, sobre

todo tras los últimos acontecimientos. Dentro de unas horas, antes de que salga el sol, recogeré mis escasos efectos personales —que ya se encuentran en maletas y bolsas, en el suelo del recibidor— y huiré de aquí como he hecho ya tantas otras veces, para instalarme en una nueva localidad. Permanecer en movimiento es la mejor garantía de seguridad, mucho más que la robusta puerta y los refuerzos en las ventanas.

Doy unos pasos hacia la habitación dispuesto a dormir unas horas, y justo en ese momento suena el timbre. Me quedo paralizado, temeroso. Esto no es buena señal. No estoy esperando a nadie, y por lo que a mí respecta mis vecinos no tienen conocimiento de mi existencia: vivo como un fantasma. Aguardo unos segundos, y la persona al otro lado de la puerta insiste. La mejor opción, decido, es fingir que no estoy en casa y esperar a que se marche. Ahora ya es demasiado tarde para que algo salga mal. Moviéndome despacio y en silencio avanzo hasta la entrada, para intentar echar un vistazo por la mirilla antes de que se vaya, pero mi pierna topa con la esquina de un mueble produciendo un ruido seco y bien audible. El dolor y la cólera me invaden mientras maldigo mi mala suerte; es imposible seguir fingiendo. Y en efecto, el desconocido sigue llamando, ahora con más insistencia.

— ¿Quién es? —pregunto, mientras arrimo el ojo y contemplo la menuda figura de una mujer algo mayor, sosteniendo una carpeta y un bolígrafo, de pie en el descansillo iluminado.

— ¡Buenas tardes! Soy la presidenta de la comunidad. Disculpe las horas, pero ha habido una inundación en los trasteros, ¿sabe? Y necesito que me deje la llave del suyo, porque creemos que la fuga está ahí...

La mujer sonríe y parece hablar de manera sincera. Así y todo no me gusta nada esta situación. Considero mis opciones, no quiero alterar la seguridad de mi refugio ni mis planes, pero si no atiendo a su petición tal vez despierte el interés y me cause problemas, y resulte peor a la larga. No se me ocurre ninguna alternativa. Además, siempre me pierde el ayudar a los demás.

— Sólo será un momento, usted no tiene que bajar, se la devolveré enseguida.

Odio verme en esta tesitura, pues los imprevistos me agobian tanto como el contacto humano, pero ella no va a desaparecer por arte de magia si me

quedo quieto y no hago nada. Un análisis rápido de su aspecto, expresión facial y comportamiento no desvelan nada que pueda suponer una amenaza. Parece que voy a tener que confiar. Además, no almaceno nada en el trastero. Alargo la mano para abrir el cajón donde guardo las llaves, y desbloqueo los numerosos seguros de la puerta antes de abrirla.

Un instante después, hay un brusco fundido a negro.

***

Transcurre lo que parece ser una eternidad entre un mar de aturdimiento nebuloso, salpicado a partes iguales por visiones aleatorias de momentos pasados y algunos momentos de lucidez durante los cuales el mundo deja de dar vueltas alrededor. Poco a poco todo se estabiliza y recobro el conocimiento, tomando control de mi cuerpo mientras una imagen va ganando consistencia delante de mí.

Es una habitación de hospital.

Parpadeo para despejar mis somnolientos ojos. Me siento más cansado de lo que nunca había estado antes, como si acabara de dormir un siglo y aún no fuese suficiente. Alrededor de la cama en la cual estoy postrado, además de material sanitario diverso, hay varias personas mirándome. Dos de ellas parecen médicos, mientras que el resto son desconocidos con ropa tan aburrida como serios sus rostros.

— ¿Cómo se encuentra? —interroga uno de los de la bata blanca.

Me toman el pulso, comprueban mis pupilas con una linterna, ojean los datos del monitor conectado a una pulsera en mi muñeca. Me hacen preguntas básicas para determinar hasta qué punto funciona mi cabeza. Son amables conmigo, pero los otros siguen circunspectos, y cuando los doctores han terminado su revisión les hacen un gesto para indicar que todo está en orden y que soy todo suyo. Seguidamente, se retiran y me dejan a solas con ellos.

— Señor Martín, ¿qué es lo último que recuerda?

Buena pregunta. La verdad es que no sé decirlo. Estaba en el piso. Llamaron a la puerta. La mujer...

— Sufrió un desvanecimiento y se golpeó la cabeza. Traumatismo craneoencefálico. Ha estado en coma todo este tiempo.

La cabeza. La muevo un poco, con pesadez. Me encuentro cansado, muy cansado. Me cuesta pensar...

— Señor Martín, somos de la policía. Tenemos unas cuantas preguntas que hacerle. Nos gustaría que colaborase con nosotros, de ser posible.

Un relámpago dentro del cráneo. La policía. Eso era. Los secuaces de este estado opresor al que me encaro día tras día, con la esperanza de poder llegar a acabar con él. Me han capturado, me han cogido por fin. Nunca debí haber abierto la puerta. No había sido más que una trampa. Los recuerdos de ese momento acuden a mi mente, con lentitud, pues me cuesta enfocar. Mis sentidos vienen y van, nunca me había sentido tan desorientado, como si la mitad de mi cerebro siguiera apagado aún. Mi cabeza, mi pobre cabeza.

— Queremos que por favor nos cuente todo acerca del caso Beatriz González. Nos gustaría saber toda la verdad.

Ella. La espía. Una de sus esbirros. Me había seguido y acorralado, pero por fortuna yo fui más rápido. No hay que tener contemplaciones con esta gente, un error y estás muerto. Si de veras creen que les voy a contar algo, que voy a colaborar, son ellos los que se han dado un golpe en la cabeza. Soy el enemigo, y tan pronto como me saquen la información me harán desaparecer. Y he de seguir vivo, para poder continuar la guerra contra esta conspiración que controla nuestras vidas. Aún puedo escapar de esta. Somos ya muy pocos los que quedamos plantando cara. Laboriosamente debido a que a mi lengua le cuesta moverse, niego saber de qué hablan.

— No es necesario que se preocupe, señor Martín. Lo que nos cuente no tendrá ninguna repercusión jurídica. Es algo que ocurrió hace ya mucho tiempo. Todos los delitos han prescrito. Simplemente queremos cerrar el caso y conocer la verdad. Y la familia de Beatriz también quiere pasar página, pero tienen derecho a saberlo todo.

Les miro incrédulo. ¿Hace mucho tiempo? Todo esto fue hace un par de semanas. ¿Cuánto he estado...?

— Sentimos decirle esto, pero ha estado casi cuarenta años en coma.

Nadie dice nada. Incluso la máquina que me monitoriza parece quedar en silencio. Cuarenta años en coma. Cuarenta años postrado en esta cama, mientras afuera la tierra seguía girando. No puede ser. Todo este tiempo de mi vida, perdido. Cuarenta años.

— Tómese el tiempo que necesite. Es difícil de asimilar, lo sabemos.

No sé qué es lo que me angustia más: el haber perdido la mitad de mi vida sumido en la oscuridad, o todo el mal que ellos habrán estado haciendo a su antojo. Es demasiado cruel para creerlo. No, no puede ser verdad. Es otra trampa, otro de sus trucos, y así se lo hago saber.

Por toda respuesta, tras intercambiar una mirada, me ayudan con cuidado a levantarme de la cama y me llevan hasta el baño de la habitación. Encienden la luz y nos acercamos al espejo. Miro la imagen que ofrece, con espanto.

La cara que se refleja en él es la de un hombre viejo. Mi cara. Las arrugas marcan mi pálido rostro, al que el paso del tiempo parece haber tratado mal. Hay bolsas bajo mis ojos, piel caída, alguna verruga. Mi mirada ha perdido su brillo y energía. El pelo ha encanecido, al menos en las zonas no afectadas por la calvicie, por las cuales paso incrédulo una mano también arrugada y temblorosa. Estos cuarenta años me han convertido en un anciano achacoso, y no hay vuelta atrás. Me encuentro cansado, muy cansado. Mis piernas se quedan sin fuerza y me agarran para que no caiga al suelo. En volandas me llevan, sollozante, de vuelta a la cama. Durante mucho rato nadie habla.

— Es un choque muy duro para usted, el tener que aceptar esto. Pero piense que podría ser peor, seguir en coma... o haber fallecido. Ahora tiene una segunda oportunidad.

Mi juventud, mi vida se me ha escurrido entre los dedos mientras no miraba. Cuarenta años...

— Todo aquello forma parte del pasado, pero el caso sigue abierto. Cuando mostró signos de ir a despertar, nos avisaron y buscamos su ficha. Por eso estamos aquí. Si puede decirnos algo acerca del paradero de la desaparecida...

Apenas soy capaz de pensar, y me invade la depresión. Las mejores décadas de mi vida, perdidas para siempre. Mi juventud, mis energías. Nada de lo

que me preocupaba tiene importancia ya. Nunca me había sentido tan solo, tan cansado, tan miserable, tan... tan...

Tan...

¿Dolorido?

— Le rogamos que considere...

Tomo una decisión. Sí, ya veo bien claro qué es lo que tengo que hacer. Alzo la cabeza y les cuento todo lo que quieren oír, a dónde tienen que ir a buscar. Con entusiasmo toman nota de todo, hacen algunas llamadas, y tras darme las gracias y desearme una total recuperación se marchan complacidos. Los médicos entran de nuevo, y mientras uno de ellos chequea otra vez mi estado, otro me ofrece unas pastillas y un vaso de agua.

— Tome esto. Le ayudará con la cabeza.

Reconozco a la primera los comprimidos de clorpromazina, ese insidioso veneno para lavarme el cerebro que ya en más ocasiones me han intentado hacer tomar. Meto las pastillas en la boca y las escondo bajo la lengua mientras hago ver que las ingiero sin protesta. Satisfechos, los médicos se van, no sin antes conectar un tubo a la vía intravenosa inundando mi organismo de algo que sin duda es un sedante. Cuando la puerta se cierra, me aseguro de sacarlo. Escupo las pastillas, apoyo la cabeza en la almohada y cierro los ojos.

***

Cuando despierto, ignoro cuánto tiempo ha pasado, pero no parece ser mucho. Desde luego, no cuarenta años. Me siento más animado y he recuperado un poco de vigor. Con cuidado, me incorporo y desconecto la pulsera, lo cual parece no provocar ninguna alarma. Me quito la vía, que sangra un poco. Camino sigilosamente hasta el baño, donde cojo un poco de papel y lo aprieto contra el pinchazo un par de minutos.

Después me miro de nuevo al espejo. Es increíble, absolutamente increíble. O mejor dicho, es todo lo creíble que podría ser. El talento y la ocurrencia de todo ello hacen que no pueda menos que admirarles, realmente han hecho un trabajo magnífico. Despacio, retiro de mi cuerpo todo el maquillaje y las prótesis que han utilizado para transformarme en un anciano decrépito.

Esta operación me lleva bastante tiempo, pues hay mucho cambio que deshacer. Cuando acabo, mi aspecto no es del todo como lo recordaba, pues han afeitado parte de mi cabeza y tengo pronunciadas ojeras, pero al menos no es tan penoso como antes.

Me dirijo a la puerta de la habitación. A medida que las drogas se van despejando de mi organismo recupero mis fuerzas y mi enérgica vitalidad. Tendré que esperar un par de días a que la confusión mental se disipe del todo, pero ya no soy un abuelo indefenso. Pego la oreja intentando escuchar, pero no se oye nada aparte del murmullo hospitalario típico. La abro un par de centímetros y me asomo. Tal y como sospechaba han dejado a uno de ellos para vigilar que no escape. Se encuentra de espaldas, aburrido, las manos en los bolsillos. Eso me favorece. No puedo enfrentarme a él en una pelea, pero busco por la habitación y cojo un recipiente metálico de residuos lo bastante contundente como para dejarle fuera de combate. Tras esperar a que no haya nadie más en el pasillo, abro la puerta del todo y le golpeo fuerte en la nuca. Cae hacia atrás como un fardo, y con presteza le recojo y arrastro al interior, cerrando la puerta. Todo esto me deja sin aliento y debo esperar sentado unos minutos, respirando fuerte, hasta que se me pasa el mareo.

Le registro. No lleva pistola, pues han debido pensar que era demasiado peligroso ante mi presencia. Lo único que encuentro aprovechable es el dinero de su cartera y una navaja. Me los guardo y le quito la ropa, ya que llamaré mucho la atención si salgo a la calle con el pijama. El móvil no lo necesito: no tengo nadie con quien hablar y sería fácilmente rastreado. Lo ato y amordazo con unos jirones de sábana, y echo el cierre del pomo de la puerta antes de salir.

Escondiéndome tras esquinas y columnas, disimulando todo lo que puedo, llego al exterior a través de la salida de incendios, que permanece desbloqueada para que los trabajadores salgan a fumar. Ya en la acera trato de controlarme y no echar a correr, aunque tampoco podría, pues mis piernas están muy cansadas. Y aún me duele la rodilla.

Ah, la rodilla. Lo tenían todo preparado, pero no podían haber previsto eso. El golpe que me di ayer cuando la mujer llamó a la puerta todavía me molesta un poco y me duele si lo toco, aunque no ha dejado marca. Maldita

sea, incluso noto las agujetas de las flexiones que hice antes de cenar. Las drogas que usaron para debilitar mi cuerpo y mi mente les ayudaron en su propósito, pero al final por este pequeño detalle todo su plan se ha ido al traste. Casi siento pena por ellos, lo habían planificado todo con gran ingenio. Son un enemigo enconado.

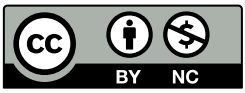
Varios bloques después diviso una parada de autobús en una larga avenida. El transporte público será mi mejor opción: discreto, anónimo, y todavía estoy bastante cansado. Me sentiré seguro cuando me haya alejado de la zona, ya que tarde o temprano descubrirán que les he engañado y enviado tras una pista falsa, y tratarán de contactar con el hombre que dejaron de guardia, sin éxito. Es cuestión de tiempo que den la alarma, y tengo que recoger mis cosas y salir de la ciudad.

Me siento en el banco a esperar. El letrero digital indica que faltan cinco minutos para el siguiente. Medito acerca de todo lo ocurrido, pero al cabo de unos instantes mis cavilaciones se ven interrumpidas por una presencia intrusa.

Es un niño, un niño pequeño. Le controlo de reojo, mientras sin ningún disimulo en absoluto cruza la calle y viene hasta la parada donde estoy. Mi instinto me advierte de la posible amenaza, y a mi mente acuden recuerdos de una situación similar, hace dos semanas, con aquella otra niña. Se acerca al banco y se sienta, a apenas unos metros de mí. Su disfraz es bueno, lleva incluso una mochila de colores vivos. Me mira fijamente.

— Hola —me dice, con una sonrisa grande como la luna. Correspondo a su saludo con normalidad, manteniendo el gesto neutro.

— ¿También vas a clase? —continúa, animado.

Es exasperante. No veo un fin a este acoso. Le miro y él me sonríe, ME SONRÍE, como si yo no supiera perfectamente que es uno de ellos, otro espía, justo cuando ya estaba saboreando la libertad. Esta gente es asombrosa, pienso. Su tenacidad roza lo enfermizo. Dirijo la vista al frente mientras cierro los ojos y suspiro, y acaricio la navaja en mi bolsillo, pensando en lo mucho que me queda todavía por hacer.

© 2019 Daniel Salgado Blanco